

# OS HERDEIROS DE DANIEL: EXILIO GALLEGO Y AUTONOMÍA

Ramón Villares

Universidade de Santiago de Compostela

La figura de Alfonso Daniel Rodríguez Castelao marcó profundamente la historia del nacionalismo gallego desde los tiempos de la II República, cuando fue capaz de convertirse en el líder de un Partido Galeguista, fundado en 1931, que tuvo como primer objetivo político la consecución del Estatuto de autonomía. Aunque plebiscitado el texto en referéndum popular el 28 de junio de 1936, el estallido de la guerra civil impidió el trámite parlamentario preciso para poner en funcionamiento las instituciones autonómicas en Galicia. La ejecutoria política de Castelao durante la guerra civil y en su exilio en Buenos Aires se centró en mantener viva esta reivindicación, lo que tuvo un extraordinaria acogida entre las masas de «emigrados» de las repúblicas del Plata y, sobre todo, de la ciudad de Buenos Aires, en la que se estimaba que residían 300.000 habitantes de origen gallego. Castelao la definió entonces como la capital de la Galicia «ideal» y allí murió en 1950, convirtiéndose desde entonces en un verdadero símbolo o «condensación arquetípica del alma gallega», en palabras necrológicas de su amigo y biógrafo V. Paz Andrade. Además de símbolo, su figura se fue convirtiendo en un mito para buena parte de los exiliados y «emigrados» gallegos.<sup>1</sup> En el interior su recepción fue más débil durante la década de los cincuenta, pero en los años sesenta su obra comenzó a difundirse de forma masiva, tanto en la edición completa del *Sempre en Galiza*, como a través de antologías y edicio-

nes parciales de su obra artística, literaria y de pensamiento político, sobre todo en 1975, con motivo del 25º aniversario de su muerte.<sup>2</sup>

Para una parte de los galleguistas del exilio, Castelao era una figura más que admirada, respetada de forma religiosa, con referencias constantes a su ejecutoria política y a su encarnación de las aspiraciones nacionales de Galicia, en cuanto a libertad política, autogobierno y concepción iberista y republicana de la forma de estado de España. Su muerte provocó una masiva expresión de solidaridad, con un entierro sólo superado por el celebrado poco más tarde en honor de Evita Perón. Su cuerpo, «concienzudamente embalsamado» por el médico exiliado G. Sánchez-Guisande, fue enterrado en el panteón del Centro Gallego en el cementerio porteño de la Chacarita al que de forma regular se hacían visitas y ofrendas forales. Y su puesto de presidente del *Consello de Galiza* nunca fue cubierto tras su muerte. Los exiliados se consideraban justamente unos seguidores o *herdeiros* de Castelao y, con algunas diferencias más que de matiz, esta condición era compartida por el galleguismo moderado del interior y, sobre todo, por el nuevo nacionalismo surgido en los años sesenta, que hizo de Castelao su «mito político fundacional».<sup>3</sup> A pesar de todas estas diferencias en la recepción de la figura y la obra de Castelao en el interior, su memoria estuvo muy presente en todo el proceso de la transición democrática y, sobre todo, en la construcción del régimen au-

tonómico. También fue motivo de controversias y polémicas, como la desatada de forma virulenta con ocasión del traslado de sus restos a Galicia. Pero si hay algún eslabón que una claramente la tradición de la II República y del galleguismo político de entonces con el panorama de la transición, es el nombre y la obra de Castelao.

En este artículo, tomando como hilo conductor intermitente a Castelao y a los que se consideraban principales *herdeiros*, me propongo analizar la contribución del exilio político gallego a la gestación del régimen de autonomía durante los años decisivos de la transición, desde fines de 1975 hasta la instalación del régimen de pre-autonomía en 1978. Aunque las referencias explícitas serán escasas, el punto de vista adoptada es de naturaleza comparada, al entender el proceso autonomista gallego en la perspectiva de las tres naciones que, en la Segunda República y en el exilio, habían formado parte de Galeuzca, esto es, Cataluña, Euskadi y Galicia. De forma implícita, estas comunidades políticas fueron reconocidas durante la transición como naciones bajo la denominación de «nacionalidades» y en el propio texto constitucional se alude a los plebiscitos autonómicos realizados antes de la guerra civil como un valor referencial a la hora de acceder al autogobierno. Los gallegos afrontaron la transición, pues, con un cierto paralelismo con vascos y catalanes, aunque con un panorama político totalmente distinto, tanto en la acción del exilio como en la evolución de la oposición antifranquista en el interior. Esto condujo a una solución bien diferente para el proceso autonómico gallego, lo que podría entenderse, en clave comparada, como una divergencia o «anomalía» respecto de los homólogos galeuzcanos, dado que ni hubo un retorno de un líder vivo del exilio, como es el caso del *president* Josep Tarradellas en octubre de 1977, ni una entrega simbólica del legitimismo republicano por parte del exilio a los nuevos dirigentes de la autonomía gallega, como sucedió en el caso vasco con la entrega de las llaves del Gobierno vasco en el exilio al nuevo presidente del

Consejo General Vasco, el líder del PNV Carlos Garaikoetxea, en junio de 1979.<sup>4</sup>

Esta divergencia tiene, desde luego, múltiples causas que derivan de la peculiar evolución política tanto de los núcleos políticos del exilio como del perfil del galleguismo del interior, basado en una estrategia cultural pero sin abandonar las plataformas de oposición democrática al franquismo.<sup>5</sup> La orfandad política del exilio era bien evidente para el representante del *Consello de Galiza* en París, pero también para los galleguistas del interior que no confiaron, ya desde los años cuarenta, en la estrategia diseñada por Castelao desde Buenos Aires. La desaparición del viejo Partido Galeguista, tanto en el exterior como en el interior, debilitó claramente la capacidad de acción del galleguismo en el marco de la oposición al franquismo. Y, finalmente, la aparición de un nuevo nacionalismo en los años sesenta apostó por una estrategia revolucionaria de liberación nacional que le alejaba tanto de la tradición galleguista de la preguerra como de la sostenida en el exilio americano, mucho más moderada. Pero también le situó extramuros del proceso de negociación de la salida de la dictadura y, a partir de las elecciones de 1977, en una situación de enorme debilidad a la hora de pilotar el proceso de construcción de la autonomía y participar en el debate constitucional.<sup>6</sup>

Sin embargo, los resultados del proceso de transición en Galicia fueron más acordes con la tradición galeuzcana de lo que podrían dar a entender estas limitaciones organizativas y estratégicas del nacionalismo gallego, especialmente el que actuaba en el interior. Porque tuvo lugar una cierta homologación de la autonomía de Galicia con sus hermanas galeuzcanas, debido a muchas razones. Unas tienen que ver con las posiciones mantenidas por los grandes partidos políticos surgidos del primer proceso electoral, la UCD y el PSOE. Y otras, con la influencia que desde fuera del proceso autonómico ejerció el nacionalismo radical que, con su capacidad movilizadora, creó una «*grande peur á galega*» entre las elites políticas de Galicia durante la

transición.<sup>7</sup> Pero a estas dos variables conviene añadir una más, que es la que vamos a sostener en este artículo. La intervención, en cierto modo «extrapolítica», de algunos miembros del exilio y del galleguismo moderado del interior, en la conducción del proceso autonómico de Galicia, tanto en la elección del presidente del régimen preautonómico y elaboración del estatuto de autonomía como en la recuperación de algunos lazos con el exilio, en la medida que era el depositario simbólico de la legitimidad republicana, en tanto que *herdeiros* del legado de Castelao. De hecho, la figura de Castelao preside de modo directo e indirecto toda esta relación, desde su condición de presidente único del *Consello de Galiza*. Por eso el traslado de sus restos, finalmente realizado en 1984, constituyó el broche de esta historia de las tensas pero nunca rotas relaciones de la tradición republicana y galleguista del exilio con el galleguismo autonomista y federalista del interior.

La intervención de estos dos actores, del exilio y del interior, fue la vía que realmente hizo conciliable la hegemonía de la UCD, la debilidad electoral del nuevo nacionalismo y, en cambio, una consideración de Galicia como una de las tres «nacionalidades históricas». Que esto haya sido así tiene más que ver con el peso del exilio y la memoria del galleguismo republicano que con los proyectos de futuro que entonces se concibieron por parte de los principales actores políticos en Galicia en la coyuntura de la transición democrática. Porque ya entonces, la presencia de la cuestión gallega en el vocabulario político parlamentario fue muy inferior a la vasca y catalana, si se mide en el número de veces que la palabra «Galicia» aparece en los debates de la comisión constitucional: 61 veces, por 366 la de Cataluña, 387 la del País Vasco-Euskadi y 1.286 la de España.<sup>8</sup> Esto explica lo que, pasadas varias décadas, se hace bien patente en el momento presente: que la autonomía gallega se ha ido separando de la dinámica seguida por sus homólogas vasca y catalana, hasta el punto de carecer en la actualidad de un

proyecto nacional con posibilidades de alcanzar una sólida hegemonía social y cultural. Las prácticas políticas del régimen autonómico, incluida la incapacidad para elaborar un nuevo texto estatutario en la época del gobierno «bipartito» (2005/2009), acabaron por alejar el perfil de la autonomía gallega de su matriz originaria, tanto en términos estrictamente políticos como en sus fundamentos morales. Pero que este haya sido el resultado del proceso no evita analizar con la mayor precisión el contexto, los actores y las estrategias desarrolladas durante los años de la transición democrática.

### Exilio y transición, un ángulo oscuro

Parece un dato admitido que la transición democrática haya sido obra en exclusiva de los principales actores internos de la política española, además de recibir algún apoyo o amparo de poderes externos, tanto del «amigo americano» como de la entonces Europa de la CEE y, de forma especial, del «amigo alemán» en su variante socialdemócrata. Los actores políticos internos fueron muy diversos, tanto los procedentes del campo de los reformistas del régimen como de los sectores de la oposición democrática, en gran medida coordinados por la estrategia del PCE de la «reconciliación nacional», lo que convirtió a este partido en «la fuerza por excelencia del antifranquismo» desde los años sesenta.<sup>9</sup> Además, hubo otros actores situados en los extremos del arco político, como el llamado «búnker» franquista o los diversos grupos de izquierda radical, en especial el Movimiento de Liberación Nacional Vasco, que influyeron notablemente desde fuera del sistema en el resultado final de la transición. Que esta fuese más o menos modélica fue una construcción política e historiográfica puesta en boga durante la década de los ochenta, del mismo modo que la apertura de corrientes revisionistas sobre los resultados de la transición se produce en los años recientes, acuñando conceptos como los del «mito de la transición», que ha dado lugar

a una abundante literatura sobre los fracasos u olvidos del proceso así como si tuvo un carácter pacífico o, en cambio, claramente violento.<sup>10</sup>

En todo caso, sin entrar en la discusión sobre la naturaleza y límites de la transición democrática, una cosa parece bien cierta: que el ángulo más oscuro del proceso se encuentra, precisamente, en las relaciones entre democracia, oposición antifranquista y exilio republicano, que apenas tienen peso en los relatos más comunes de la transición democrática. Si mucho se ha debatido la presencia o el olvido de la II República y de la guerra civil en el diseño de la transición, mucho menos se ha considerado el papel que en aquel haya podido tener el mundo del exilio. Las razones de esta ausencia se encuentran, desde luego, en la propia evolución del exilio republicano, repleto de divisiones internas y con magros recursos para la acción política, que acabó por concentrar sus mejores logros en el plano cultural y literario. Pero esta soledad política del exilio también se explica por el contexto internacional de la Guerra Fría, en el cual las instituciones republicanas no lograron el amparo de las democracias occidentales en su intento de derribar a Franco, constituir un gobierno provisional, convocar unas elecciones y, eventualmente, celebrar un referéndum sobre la forma de Estado. Aspiraciones todas ellas que quedaron canceladas hacia 1948/1953, con la emergencia de la alternativa monárquica y con la consolidación internacional del régimen franquista, lo que obligó a mudar radicalmente la estrategia política del exilio: de la esperanza de un inmediato retorno hubo de transitar hacia una perspectiva de larga oposición, en la que destacaron dos grandes corrientes, el europeísmo como aspiración a una homologación democrática de España en Europa y el reforzamiento del antifranquismo interior, tanto el representado por el propio exilio republicano y sus instituciones de gobierno, como el hegemonizado por el PCE con su estrategia de movilización plural de una sociedad española en profunda transformación desde el Plan de Estabilización de 1959.

Sin embargo, y a pesar de las dificultades en que se movía el complejo mundo del exilio, hay un aspecto en el que la influencia de la memoria republicana se hizo sentir de forma muy directa. Se trata de la organización territorial de España y de los resultados que, en este sentido, se produjeron durante la transición democrática. A pesar de todo, las instituciones republicanas lograron mantener viva la imagen «galeuzcana» de las tres naciones que habían plebiscitado un estatuto de autonomía antes del estallido de la guerra civil. Si los nacionalismos catalán, vasco y gallego habían participado de forma desigual en la gobernabilidad de la Segunda República, en el exilio su presencia en las instituciones, gobiernos y conferencias políticas fue no sólo sistemática, sino incluso relevante en número y en capacidad de maniobra. Sucede en la formación de algunos gobiernos republicanos en el exilio en la década de los cuarenta —momento del mayor esplendor de la estrategia «galeuzcana»—, pero también sucede en las numerosas iniciativas que se abren a partir de la década de los cincuenta, con la constitución del Consejo Federal Español en el seno del Movimiento Europeo, donde los nacionalismos periféricos alcanzaron gran protagonismo, como es evidente en reuniones como el Congreso de Munich de 1962, pero también en muchos otros encuentros anteriores y posteriores al conocido como el «contubernio». Y habría que destacar de forma específica el enorme protagonismo alcanzado por el nacionalismo vasco, tanto en la recuperación del pacto de Galeuzca en los años cuarenta, que estimuló la constitución del *Consello de Galiza* por parte del líder galleguista Alfonso Castelao en 1944, como en la apuesta por el federalismo europeísta a partir de la década de los cincuenta.<sup>11</sup>

El peso político de los nacionalismos subestatales en la dinámica del exilio se advierte también en el constante reconocimiento «de la personalidad de las distintas comunidades naturales», como rezan muchas de las resoluciones de los congresos europeístas, desde el de París

de 1950 hasta los celebrados en los años setenta. Reconocimiento que también se observa en los muchos coloquios organizados bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura y que, finalmente, fue también admitido, con mayor grado de radicalidad, por las plataformas de oposición antifranquista y de preparación de la transición democrática desde 1974, como las lideradas por el PCE y el PSOE bajo la denominación de Junta y Convergencia Democráticas. La cuestión de las nacionalidades, expresada de diversas formas, fluye de forma sistemática en congresos y resoluciones políticas del exilio republicano y la mejor confirmación es que, desde la reunión del Consejo Federal Español de 1950, celebrado en París, hasta los de los años setenta (París, 1973, Bruselas, 1976), la asistencia a dichos congresos por parte de vascos, catalanes y, en menor medida, gallegos es amplia e influyente, alcanzando en varias ocasiones los puestos directivos, frente a republicanos, liberales o socialistas. Lo expresa con la claridad del que debe convencer a los dirigentes residentes en Buenos Aires, el exiliado gallego Xavier Alvajar a su regreso del congreso del Movimiento Europeo celebrado en Londres, al que había asistido como representante en Europa del *Consello de Galiza*:

Nadie hablaría de nosotros si no estuviéramos presentes, y en la Europa que se está forjando nos ignorarían completamente si nuestra presencia no les recordara que, al igual que vascos y catalanes, nosotros somos un pueblo más, oprimido bajo una dictadura militar, que aspira a liberarse y a formar parte lo antes posible de la comunidad europea de pueblos libres.<sup>12</sup>

Ahora bien, estas son declaraciones epistolares o resoluciones congresuales que, en buena medida, son textos repetitivos que no siempre gozaban del necesario consenso o de universal significado, porque la distancia entre la «personalidad de las comunidades naturales» y la defensa del «derecho de autodeterminación nacional» es bastante considerable y de todo esto hay en los programas de partidos y plataformas

políticas actuantes tanto en el exilio como en el interior desde la guerra civil hasta la muerte de Franco. Sin embargo, lo importante es analizar hasta qué punto esta tradición republicana de reconocimiento de la personalidad política de Cataluña, Euskadi y Galicia es incorporada al proceso de transición democrática en la España de los setenta. Hay tres momentos en los que este debate está presente en la agenda política del periodo, con resultados coherentes con aquella tradición. El primero tiene lugar en los procesos de negociación política que el gobierno de Adolfo Suárez, tras el éxito en referéndum de su Ley para la Reforma Política, abre con la oposición democrática con vistas a la organización de las primeras elecciones generales, fijación del proceso electoral y delimitación de los partidos políticos que concurrirían a las mismas. En la Comisión de los Nueve (invierno y primavera de 1977), tres de sus miembros figuran a título de representantes de las «nacionalidades» catalana, vasca y gallega, Jordi Pujol, Julio Jáuregui y Valentín Paz-Andrade, lo que es coherente con el peso que habían tenido tanto en el exilio como en la organización de la oposición interior, especialmente en el caso catalán y su singular experiencia unitaria de la *Assemblea de Catalunya*, fundada en 1971. Además, la presencia de estos representantes «galeuzcanos» estaba avalada o autorizada por partidos u organizaciones con tradición histórica, propia o heredada.<sup>13</sup>

El segundo hito importante deriva de los resultados producidos en las elecciones parlamentarias de junio de 1977, que diseñan un mapa político algo inesperado, con el triunfo de dos partidos sin apenas presencia en el antifranquismo (UCD y PSOE), pero también con tres escenarios distintos en los casos de Cataluña, Euskadi y Galicia. En los dos primeros, se puso de manifiesto un gran fortaleza de la izquierda política socialista y comunista, pero también del nacionalismo, bien el procedente de la experiencia del exilio y de los tiempos de la II República (PNV) o bien el reconstruido en el marco del nuevo catalanismo político en fusión con la

tradición republicana (CiU). En el caso de Galicia, los resultados electorales fueron de una avasalladora hegemonía del partido gubernamental de la UCD, lo que supuso no sólo una elevada representación parlamentaria (20 de los 27 escaños), sino una cómoda posición para el control del proceso de instalación del régimen de preautonomía y para la elaboración del texto del nuevo estatuto autonómico. El escenario político de hegemonía nacionalista y de izquierdas en Cataluña y el País Vasco abrió la puerta para una solución vagamente «galeuzcana», en el sentido de facilitar la «operación Tarradellas» conducente a la restauración de la *Generalitat* catalana en la persona del *president* de la misma en el exilio desde 1954. Fue la mayor expresión de la capacidad de pacto del gobierno Suárez y de la propia Corona con el exilio en materia territorial, pues en el caso del País Vasco el reconocimiento del Gobierno Vasco en el exilio, presidido por Leizaola, no sería obra del gobierno ni de la monarquía, sino del Consejo General Vasco concebido como un organismo preautonómico, aunque el entonces presidente, el nacionalista Carlos Garaikoetxea, propusiese que el organismo se transformase en un Gobierno Provisional Vasco y «pasara a estar presidido por Leizaola, como «broche de oro» a su trayectoria en el exilio». <sup>14</sup> El caso de Galicia, que era el tercer integrante del pacto Galeuzca, marchó por otros derroteros, como luego veremos.

El tercer hito relevante en este proceso de empate o confluencia de la tradición política del exilio republicano en materia de organización territorial del Estado tiene lugar en la doble ejecutoria política del poder ejecutivo y del poder legislativo a partir de junio de 1977 hasta las siguientes elecciones generales de 1979. El primer gobierno parlamentario de la UCD crea un ministerio de las Regiones que, dirigido por M. Clavero Arévalo, trató de diluir las diferencias de origen «galeuzcano» con una estrategia de extensión gradual a toda España del principio autonómico mediante la «operación de sem-

brar España de manera bastante atípica de regímenes provisionales de autonomía». <sup>15</sup> Por su parte, la elaboración de una nueva constitución por parte de los parlamentarios elegidos en junio de 1977 siguió un curso zigzagueante pero que, en definitiva, quiso incorporar en algunos de sus artículos o disposiciones finales un reconocimiento de la pluralidad nacional de España. Pues a esto responde la mención de las «nacionalidades» en el artículo dos, de la cuestión foral vasca en una adicional y de los plebiscitos autonómicos anteriores a la guerra civil en una transitoria. Desde luego, la constitución de 1978 no podría definirse como un texto federal (ni, mucho menos, confederal), como tampoco lo había sido la constitución de 1931, que recurrió al ambiguo concepto de «Estado integral». Aunque podría considerarse más autonomista el texto de 1978 que el de 1931, en ambos casos está presente un rechazo por vía de un schmittiano «compromiso apócrifo», tanto del estado unitario como del federal.

### Perfil del exilio gallego

El perfil del exilio gallego es notablemente distinto del español, tanto en su dimensión cuantitativa como en sus destinos y, desde luego, en su capacidad organizativa. El exilio republicano español tuvo un destino prioritario en Europa (Francia) y otro mucho más minoritario en América (México, Argentina, Santo Domingo...). El gallego, en cambio, se asentó sobre todo en América y, dentro de este continente, con preferencia en el río de la Plata, donde el arribo de exiliados acabó por producir un mestizaje político con los «emigrados» ya asentados allí desde antes de la guerra. <sup>16</sup> Era un exilio lejano, pero beneficiado por la calurosa acogida de las colectividades emigrantes, algo que el propio Castelao estimaba como el principal valor de su ejecutoria política. Esta ubicación en América, aun siendo lógica, acabó por marcar al exilio gallego no sólo por su distancia, sino por su excentricidad respecto de las capitales del exi-

lio en Europa, principalmente París desde 1946, cuando allí se asentaron el gobierno republicano de Giral y varias instituciones vascas y catalanas. La presencia de líderes gallegos en Francia fue, sin embargo, bastante minoritaria y de ello da buena muestra una larga carta de Xoan X. Pla a Irujo en 1950, en la que cuenta que no más de «media docena de personas» –y de ideología política muy diversa– podrían formar un grupo gallego en el seno del Consejo Federal Español que se estaba constituyendo en 1950 en el seno del Movimiento Europeo y que, por otra parte, la herencia política dejada por Castelao estaba maniatada por una táctica «que no daba más importancia que al trabajo que se pudiera efectuar entre las masas emigradas», lo que le impedía participar «en las actividades internacionales [y] en los organismos de tal esfera».<sup>17</sup>

A pesar de ello, la visibilidad del exilio gallego fue muy notable en los años cuarenta, gracias al liderazgo del diputado galleguista en las Cortes republicanas, Alfonso R. Castelao, asentado en Buenos Aires desde 1940, ciudad que el mismo definió como la capital de la «Galicia ideal» y libre. Allí escribió alguna de sus principales obras, como el *Sempre en Galiza* (1944), logró una mínima institucionalización del exilio galleguista a través del *Consello de Galiza*, impulsó la renovación del viejo pacto de Galeuzca y, desde esa condición de líder galleguista, formó parte del gobierno de Giral entre 1946 y 1947. Su muerte prematura en 1950 dejó la secuela de un verdadero mito, pero las huestes del exilio quedaron algo huérfanas, hasta el punto de que la presidencia del *Consello de Galiza* nunca más fue ocupada. Desde entonces, un grupo de personas muy próximas a Castelao como Rodolfo Prada, Xosé Benito Abreira o Manuel Puente en Buenos Aires o Xesús Canabal, Antón Crestar y Manuel Meilán en Montevideo se consideraron los herederos de Castelao, en el sentido de que su gran misión política consistía en devolver a Galicia el legado y los ideales políticos, republicanos y federales, que había defendido Castelao durante los últimos años de su vida. El *Consello*

*de Galiza*, aunque fue incapaz de ser una institución representativa de todo el arco ideológico del exilio y de ser reconocido como tal fuera de la Argentina y, desde luego, en el interior, logró mantenerse en pie durante algo más de dos décadas tras la muerte de su fundador. Su actividad política fue recuperada a partir de 1958 aunque de un modo intermitente y su mayor logro fue dar por fin el salto a Europa, al nombrar como su representante en París a César Alvajar en 1958 y, tras la muerte de este en 1965, a su hijo Xavier Alvajar. Aunque no procedían de la estirpe ideológica del galleguismo, excelentes contactos políticos de esta familia con el exilio radicado en Francia contribuyeron a mantener una presencia de la política gallega en algunos órganos de la oposición democrática al franquismo, a pesar de la escasez de directrices políticas y de apoyos económicos que se deduce de las relaciones epistolares mantenidas entre la delegación parisiense y la sede porteña del *Consello de Galiza*.<sup>18</sup> Por eso Xavier Alvajar se cura en salud y le confiesa al responsable porteño de las relaciones con Europa que «si algún día se me pregunta el porqué de la ausencia de los gallegos en las decisiones importantes que se avecinan, podré decirles que la culpa no ha sido mía».<sup>19</sup>

A esta lejanía y debilidad organizativa del exilio político gallego instalado en Buenos Aires se añade un segundo problema que marcó profundamente la evolución del nacionalismo en el interior, en mayor medida que en los casos de Cataluña y, sobre todo, del País Vasco. Las relaciones del exilio con el interior fueron tensas durante los últimos años de Castelao y las heridas abiertas por la composición del *Consello de Galiza* y los debates suscitados por la presencia del galleguismo en las plataformas de oposición, desde Galeuzca hasta la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas no lograron ser cicatrizadas con el viraje estratégico de 1950, año en que muere Castelao en Buenos Aires y en que se crea en el interior una plataforma cultural, la editorial Galaxia, desde la que llevar a cabo una lucha política diseñada por algunos antiguos

miembros de las *Mocedades Galeguistas* de la época republicana.<sup>20</sup> La gestión posterior de estos disensos entre el exilio y el interior tendría todavía algunos episodios más contundentes en el ámbito organizativo, aunque se mantuvieron bastante fluidas las relaciones personales entre dirigentes del exilio (Rodolfo Prada, Luis Seoane, Emilio González López...) y algunos galleguistas del interior (V. Paz-Andrade, Ramón Piñeiro, Francisco Fdez del Riego...), como lo demuestra la presencia de líderes del exilio en la fundación de Galaxia o el apoyo que unos y otros se prestan a las iniciativas culturales que tienen lugar en ambas orillas del océano Atlántico. Lo que nunca tuvo lugar fue la integración del interior en la delegación europea del *Consello de Galiza*, ni tampoco fue relevante la relación entre el nuevo nacionalismo surgido en los años sesenta y las estructuras del exilio, salvo en la conexión con México a través de la revista *Vieiros* y la figura de Luis Soto, un exiliado nacionalista y comunista que participa en la fundación de la UPG en 1964. Las relaciones del exilio con el interior están, pues, muy lejos de ser homologables a las que lograron mantener las instituciones vascas y catalanas a partir del giro político producido por la guerra fría. El ejemplo del congreso de Munich de 1962, poblado por docenas de asistentes de los nacionalismos vasco y catalán, tanto del exilio como del interior, frente a la ausencia del propio Alvajar, que era un estrecho colaborador de algunos de los más conspicuos organizadores de la reunión muniquesa, pone de relieve la diferente derrota seguida por los tres antiguos miembros de Galeuzca.

Las alforjas con las que el viejo y el nuevo nacionalismo político llegan al momento histórico de la transición democrática se hallan, pues, muy poco repletas. Los núcleos de oposición galleguista moderada y con acción preferente en el campo de la cultura se hallaban poco vinculados con el exilio en América y el *Consello de Galiza* y bastante más con el conjunto de la oposición democrática del interior, a través de sus conexiones con la sección española del mo-

vimiento europeísta y con las actividades impulsadas por el Congreso por la Libertad por la Cultura.<sup>21</sup> Y el nuevo nacionalismo gallego, instalado en unas coordenadas ideológicas definidas por la lucha antiimperialista y la defensa del derecho de autodeterminación, en el contexto de las luchas de liberación nacional tan comunes en los años sesenta y setenta, tampoco se esforzó por conectar con las estructuras del exilio, salvo en la apropiación simbólica de la figura de Castelao, hasta el punto de que el nacimiento de este nuevo nacionalismo se ha definido como un ejemplo de «afastamento vital, persoal, organizativo e ideolóxico-político» con la historia del galleguismo de preguerra.<sup>22</sup> Además de esta clara divergencia estratégica con la tradición procedente del viejo Partido Galeguista fundado en 1931, la posición del nuevo nacionalismo gallego respecto del proceso de transición democrática se hallaba a considerable distancia de los postulados que sostuvieron los nacionalismos vasco y catalán, a excepción de la izquierda *abertzale*, dada su defensa de la ruptura democrática, el derecho de autodeterminación y una república federal o confederal. Su opción política se centraba, pues, en el rechazo frontal de una solución constitucional y autonomista y en la defensa de una alternativa rupturista, expresada en uno de los eslóganes más repetidos de la época («Autonomía nunca máis, Bases constitucionais»), que contrasta claramente con el lema del catalanismo político representado por la Asamblea de Cataluña («Volem l'Estatut») y con la aceptación de la vía autonomista por parte del nacionalismo moderado vasco, que en su asamblea de Iruña celebrada en marzo de 1977 define como su primer objetivo político la consecución de «Estado vasco autonómico».<sup>23</sup> La consecuencia de la estrategia tomada por la UPG fue que la reivindicación autonomista en Galicia quedó fuera del campo del nuevo nacionalismo, lo que concedió una gran importancia al galleguismo moderado del interior y a la tradición autonomista mantenida en el exilio por los guardianes

del legado de Castelao, que hubieron de forjar algunas alianzas con los diversos partidos estatales con presencia en Galicia (básicamente, la UCD y el PSOE) para colocar en la agenda política la cuestión autonómica.

### Planes para la autonomía

Varias cartas escritas desde fines de 1975 por el exiliado Rodolfo Prada, el consejero más próximo del último Castelao, a sus amigos galleguistas del interior (Ramón Piñeiro, Fernández del Riego) o a otros exiliados residentes fuera de España como González López o Ramón Esturau, sitúan de forma certera la posición de los exiliados gallegos ante la inminencia de la muerte de Franco y la necesidad de establecer una estrategia común para sentar las bases políticas de una Galicia autónoma. En una carta escrita en noviembre de 1975, días antes de la muerte de Franco, pregunta Prada a Fernández del Riego sobre «os plans que se propoñan desenvolver os herdeiros de Daniel [Castelao] aí», reflexión que amplía en cartas posteriores o que repite con otros corresponsales.<sup>24</sup> La respuesta de Del Riego es que tendría que hablar con «Moncho [Piñeiro]», para establecer las bases comunes de la acción política de los *herdeiros* de Castelao ante la perspectiva de cambio de régimen en España. Esto explica que los contenidos más políticos de estas cartas se encuentren en las misivas dirigidas a Ramón Piñeiro. Un análisis conjunto de todas ellas permite ver que desde el exilio porteño se persiguen objetivos diversos pero coherentes, pues pretenden no sólo a fijar una posición común de los *herdeiros* de Castelao sino también, y esto es lo más relevante, incorporar el valor simbólico custodiado por el exilio, en sustancia el ideario de Castelao, al proceso de cambio político que se abriría en Galicia con el retorno del proceso autonómico bloqueado en su día por el estallido de la guerra civil.

De este cruce de cartas se deduce que el propio Prada descarta acudir a la delegación del *Consello de Galiza*, que actuaba en Europa en co-

nexión con el resto de la oposición antifranquista moderada, para fijar las estrategias de acción del galleguismo en la transición a la democracia. Hacía ya bastante tiempo que estos exiliados de Buenos Aires se habían desentendido del organismo fundado por Castelao y tampoco en el interior había gozado nunca de singular aprecio. Esto significa que el exilio porteño acepta la hegemonía del grupo galleguista del interior, a cuyos principales líderes confía sus aspiraciones e imagina como futuros gobernantes de la Galicia autónoma. En la misiva de Prada a Del Riego, aquel pide «orientación concreta» para su acción política, porque «quixéramos coincidir nunha acción común».<sup>25</sup> Pero para alcanzar tal objetivo, Prada (y algunos otros exiliados, como Núñez Búa, Delgado Gurriarán e incluso Osorio-Tafall) reivindican la recuperación del Partido Galeguista en razón de su brillante ejecutoria en tiempos de la Segunda República, con razones bastante claras: haber tenido brillantes diputados en las Cortes republicanas, haber sido el *guieiro* del proceso autonomista y, sobre todo, tener el deber de honrar a sus mártires del 36, como Alexandre Bóveda y muchos más. Tomando como referente un muy completo panorama sobre los partidos y corrientes políticas publicado en el periódico *La Voz de Galicia* el 30/12/1976 por el redactor Juan R. Díaz, el exiliado Prada señala que «chámame a atención o feito de que non apareza para nada o Partido Galeguista», queja que también transmite al exiliado González López, residente en Nueva York.<sup>26</sup> Y, como verdadero *leit-motiv* de toda su estrategia, Prada insiste en colocar la memoria de Castelao como el eslabón que debe unir el presente con la tradición galleguista anterior a 1936, reivindicando el perfil más político de Castelao. En cierto modo, la figura del Castelao embalsamado en 1950 y custodiado por la colectividad de exiliados y emigrados de Buenos Aires, podría representar con su hipotético retorno a Galicia la expresión simbólica de la obra del exilio a favor de la autonomía y la libertad del pueblo gallego.

La preocupación de Rodolfo Prada por conocer de cerca los rumbos que iba a tomar la política gallega, en la previsión de que el «hecho biológico» de la muerte de Franco se produjese finalmente, no era nada extraño. Otros dirigentes del exilio tenían muchas esperanzas en un retorno rápido a la coyuntura política bloqueada por la guerra civil y, luego, por el estallido de la guerra fría. Un diputado socialista gallego residente en México, Ramón Esturau, le cuenta al colega republicano González López en diciembre de 1975 que «tengo entendido que en breve se formará el [Gobierno] de nuestra región, informe que obtuve en la ciudad de México por el prof. Luis Soto, recién llegado de Portugal», lo que permite intuir que este fundador de la UPG presagiaba una evolución en España análoga a la revolución portuguesa de abril de 1974.<sup>27</sup> Algo semejante, aunque más realista, pensaba el galleguista exiliado en los EEUU Ramón Martínez López, quien confiaba en que Galicia, gracias al *Consello de Forzas Políticas Galegas* constituido a principios de 1976, «non será unha simple «sucursal» madrileña».<sup>28</sup> A pesar de este entusiasmo auspiciado por la muerte de Franco, los ecos que Prada obtuvo en el interior fueron diversos y, en general, poco complacientes con su esperanza de reflatar la opción partidaria del antiguo Partido Galeguista. Entre alguno de sus más viejos dirigentes vivos, como Valentín Paz-Andrade, encontró comprensión y alguna complicidad. Otros galleguistas, comandados por Ramón Martínez López, recién retornado de su cátedra en la universidad de Austin (Texas), lograron refundar en 1978 el Partido Galeguista, aunque con escaso arraigo sociológico y parecido éxito electoral.

Pero por parte del principal ideólogo del grupo Galaxia, Ramón Piñeiro, la respuesta fue una repetición de los argumentos que este mismo dirigente venía manteniendo desde los años cuarenta, incluso en vida del mismo Castelao. En este caso, Prada consideraría «certamente evasiva» la respuesta de Piñeiro y, en algún punto, teñida de un desprecio olímpico que el viejo

exiliado no comprendía. Por su parte, Piñeiro se atreve a decirle que «non entendeu nada» y a repetir sus conocidas tesis sobre la galleguización de la vida política. En esencia, el debate se sustanciaba en torno a dos alternativas, tal como las definía el propio Piñeiro: «galeguizar a política democrática galega, en lugar de reconstruir o Partido Galeguista» o, dicho con otras palabras, garantizar la existencia de una «Galicia galeguizada» en la que diversas opciones ideológicas partidarias pudiesen desarrollar su acción política.<sup>29</sup> Esta posición de Piñeiro, que había guiado toda la acción cultural galleguista desde 1950, significaba una clara apuesta por crear una «conciencia galega» antes que actuar políticamente a través de un partido político. Lo que no obstaba para defender una concepción democrática y federalista de la España de la transición y, para el caso gallego concretamente, sostenía que la transición democrática era la mejor ocasión para cumplir un objetivo: «que Galicia acadase a mesma consideración que o País Vasco e Cataluña no recoñecemento dos seus dereitos».<sup>30</sup> Homologación galeuzcana que también recordaban de forma constante los exiliados en sus relaciones con el interior.

Existen, pues, claros disensos, algunos acuerdos y muchas complicidades, de modo que las relaciones epistolares entre exiliados y dirigentes galleguistas del interior no se interrumpen sino que se refuerzan mutuamente, sobre todo en la perspectiva galeuzcana. Esto se pone de manifiesto con ocasión de la negociación del gobierno Suárez con la oposición democrática y con la participación de algunas figuras en la «candidatura galleguista democrática» en las elecciones al Senado en junio de 1977 y, naturalmente, en la defensa del nuevo estatuto de autonomía. En la propia respuesta de Piñeiro a Prada se dibuja por parte del primero un panorama de la oposición democrática en la que se subraya la «presión» que están ejerciendo las fuerzas nacionalistas de Cataluña, Euskadi, Galicia y Valencia, pero también de las regionalistas (Canarias, Andalucía, Aragón, León y Castilla,

«para a aceptación da fórmula federal como estrutura do futuro Estado democrático», mientras que se manifiesta algo despectivo respecto de las propuestas del PCE, que «refúxiase na fórmula dos Estatutos».<sup>31</sup>

En la negociación de la oposición democrática con el gobierno Suárez se hizo patente la presencia de las tres «nacionalidades» galeuzcanas. La elección del representante de Galicia, V. Paz-Andrade, no fue obra del nuevo nacionalismo ni del galleguismo cultural, sino del sector político integrado en la Junta Democrática: «un acerto», en palabras de Piñeiro a Prada, al haber aprovechado «o vacío producido polo radicalismo dos grupos nacionalistas».<sup>32</sup> A pesar de ello, hubo alguna participación tangencial de apoyo a la misma por parte de todas estas fuerzas del interior y también del exilio. El propio Paz-Andrade se puso en contacto con Piñeiro para coordinar las posiciones a mantener en aquella Comisión de los Nueve –iniciativa que Prada califica de «bo e certoiro xesto»– y según datos cruzados entre Piñeiro y Prada repetidos en la correspondencia de este último con González López, hubo negociaciones a varias bandas entre la *Táboa Democrática*, los nacionalistas y Piñeiro quien aclara confidencialmente que «segundo me informou [X. L. Méndez] Ferrín, o Valentín [Paz-Andrade], cando llo propuxeron, tivo a elegancia de decir «a esto quen debía ir era o Piñeiro».<sup>33</sup> Pero el entusiasmo más explícito por esta presencia de Galicia en el seno de la oposición democrática procedería del exilio porteño, tanto por boca de X. Núñez Bua como del propio R. Prada, quien en carta a Piñeiro anuncia que está organizando una campaña para que «os demócratas e galeguistas deiqui [Buenos Aires] lle manden un cablegrama de adhesión» a V. Paz-Andrade.<sup>34</sup> Este apoyo del exilio habría de ser, en palabras del propio Paz-Andrade escritas a un exiliado galleguista de Montevideo, su principal inspiración a la hora de defender los derechos políticos de Galicia «cando menos ao nivel que acadarán sen dúbida o país vasco e a nación catalana».<sup>35</sup>

Una vez convocadas las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, en la preparación de las candidaturas gallegas al Senado hubo alguna negociación, vagamente inspirada en la *Entesa dels catalans*, para lograr una presencia de Galicia como «nacionalidad» en los escaños de la Cámara alta. Esta presencia del galleguismo en la contienda electoral había estado precedida de un Manifiesto, suscrito por 29 personalidades –entre las que se encuentran viejos galleguistas (García-Sabell, Paz-Andrade, Piñeiro, Díaz-Pardo), profesores universitarios y profesionales liberales (Juan Quintás, E Vidal Abascal o Benxamín Casal) e ilustres retornados del exilio (Luis Seoane, E. Blanco-Amor o Rafael Dieste)–, que defendían la necesidad de lograr un «pacto político» entre todas las fuerzas que se presentasen a las elecciones en torno al «federalismo como forma de organización do novo estado democrático» y reclamar para Galicia «os mesmos dereitos que se concedesen a outras nacionalidades».<sup>36</sup> Los ecos de este llamamiento se perciben en algunos movimientos de líderes de la incipiente UCD, como Pío Cabanillas, que trata de tejer de forma rápida alguna alianza con este campo del galleguismo que luego sería decisiva en la organización de la preautonomía pues sugiere «pensar en un pacto de los partidos y personalidades gallegas en defensa de los intereses de nuestra tierra» y «se pone a disposición» de sus interlocutores, aunque rechaza de plano la perspectiva federal.<sup>37</sup>

El resultado de aquellos movimientos fue la candidatura «demócrata galleguista», que integró a viejas figuras de la política republicana y socialista (M. Iglesias Corral, Jacinto Calvo), con algunas personalidades procedentes del campo político-cultural del galleguismo en sus diversas acepciones: Ramón Piñeiro, Isaac Díaz-Pardo, Francisco Fernández del Riego, Carlos Baliñas y Valentín Paz-Andrade. Era una candidatura muy plural, que apoyaban seis partidos: «os dous comunistas, os tres socialistas e o demócrata cristián», en palabras de un candidato poco entusiasta como I. Díaz-Pardo.<sup>38</sup> Sin embargo, la idea

fue muy bien recibida por los líderes del exilio, porque veían en esta apuesta una forma de recuperar la legitimidad republicana y de soldar las diferentes partes de aquel ajedrez político: galleguismo, exilio y democracia, como revela, entre otras misivas, la escrita desde Santiago de Chile al ya senador V. Paz-Andrade por parte de Rodolfo Prada: «xa pode supor a fonda ledicia que estou a vivir ca belida «chegada dos tempos» para nosa sagra Galiza...! Como estará a gozar o noso inmorrante Castelao!».<sup>39</sup> De nuevo, una mención del legado de Castelao como factor legitimador del proceso democrático y autonomista que se avecinaba.

Los resultados de las elecciones de junio de 1977 cambiaron radicalmente las perspectivas albergadas por muchos dirigentes políticos de las tres naciones galeuzcanas, pero donde se produjo la mayor sorpresa fue en Galicia, dado el triunfo arrollador del partido centrista (20 de 27 escaños en el congreso y 12 de 16 escaños en el Senado), frente a su muy discreta representación obtenida en Cataluña y el País Vasco. La diferencia del comportamiento electoral de Galicia con los resultados de Cataluña y del País Vasco, con ser también estos algo inesperados, es muy evidente. El futuro político de Galicia ya iba a depender del centro-derecha político, poco o nada autonomista entonces. Fue de nuevo en este proceso donde actuaron galleguistas moderados del interior, algunos líderes del exilio, personalidades independientes y, desde luego, la mayoría de los partidos políticos que aceptaban la vía autonomista para tratar de encauzar el proceso político abierto por la transición. La necesidad de un «pacto político» defendido en el Manifiesto de los 29 (marzo de 1977) tenía ahora mucho más sentido, sobre todo a la hora de sostener un homologación galeuzcana del proceso autonómico que se abría en Galicia. Las diferencias en los resultados electorales eran muy fuertes, pero de una forma indirecta la tradición galeuzcana acabaría por marcar también el zigzagueante camino seguido por el Estatuto de autonomía de Galicia. El referente

galeuzcano se advierte desde los primeros pasos dados por la preautonomía, que encomienda a una comisión bastante plural, con miembros extraparlamentarios (*Comisión dos 16*), la redacción de un proyecto estatutario, hasta la aprobación final del texto por la Comisión Constitucional en el otoño de 1980, después de un periplo lleno de recortes, revisiones, pactos y un referéndum de escaso apoyo popular.<sup>40</sup> A diferencia de lo que había sucedido en tiempos de la Segunda República, cuando los dirigentes societarios de Buenos Aires y Montevideo acordaron enviar a Galicia a varios líderes de la colectividad (Alonso Ríos, Suárez Picallo, Blanco-Amor) para participar activamente en la política gallega en clave autonomista, en 1977 no hubo tal conexión. Pero la opinión del exilio, más que de los «emigrados», se hizo sentir en este proceso en una de las acciones más controvertidas del proceso autonómico, como fue la elección del presidente de la preautonomía.

#### La laboriosa elección de un presidente

El régimen de preautonomía de Galicia fue acordado por el gobierno Suárez, en un decreto de marzo de 1978, varios meses más tarde de que lo hubiera hecho con el restablecimiento de la *Generalitat* catalana y con la constitución del Consejo General Vasco. En ambos casos, y por razones políticas diferentes, su presidencia fue ocupada por personas retornadas del exilio o con larga trayectoria en la oposición democrática al franquismo, como fue el caso del republicano catalán Josep Tarradellas y del socialista vasco Ramón Rubial. Era esperable que el tercer miembro de Galeuzca pudiera seguir un curso análogo, como lo esperaban muchos observadores coetáneos. Así se expresaba en octubre de 1977 Ricardo Palmás, un periodista nacido en Buenos Aires pero entonces residente en Galicia, como asesor del Partido Socialista Galego (PSG) de X. M. Beiras, cuando acababa de producirse la «operación Tarradellas». Su opinión transmitida a un amigo gallego residente

en Londres era que el reconocimiento «da personalidade política de Galicia en termos análogos aos de Cataluña vai por bo camiño. Non sería raro que para fins ou comezos do ano teñamos Xunta de Galicia. E presidente, claro».<sup>41</sup> También Paz-Andrade pensaba que pronto se constituiría el «organismo preautonómico» aunque en este caso, mejor informado de lo que estaba sucediendo, ya adelanta que se hará «según el modelo que impuso Madrid».<sup>42</sup> Las previsiones se cumplieron parcialmente, pues la preautonomía gallega comenzó su andadura en abril de 1978, pero en cambio la analogía con el caso catalán (y vasco) estuvo lejos de producirse, ni en el decreto por el que se autorizaba la preautonomía ni en la figura política que iba a presidirla.

El presidente elegido por la UCD fue Antonio Rosón, quien tomó posesión amparado en el conocido verso de Pondal, recogido en el himno gallego, de que «os tempos son chegados». Una referencia a la mejor tradición cultural gallega que, sin embargo, no fue suficiente para alcanzar refrendo político y, sobre todo, un sólido apoyo social. La publicación por parte de la revista *Interviú* de un reportaje sobre el pasado político de la familia Rosón durante la guerra civil y el franquismo, aunque padeció secuestro gubernativo por dos veces, alcanzó una gran difusión, lo que tuvo efectos demoledores sobre la figura del presidente de la Xunta y, de forma ampliada, sobre la propia institución que acababa de nacer. A pesar de que en su ejecutoria política como presidente, Rosón demostró un claro compromiso con la autonomía,<sup>43</sup> su figura quedó marcada también en el seno de la UCD, partido que procedió a su sustitución al año siguiente. Sin embargo, la elección de Rosón no resultó tarea fácil ni estaba determinada desde el principio, a pesar de ser el presidente de la Asamblea de Parlamentarios constituida tras las elecciones de 1977. Se produjo tras largas negociaciones tanto entre los dirigentes gallegos de la UCD como de estos con el gobierno central, además de haberse barajado diversas alternativas de figuras independientes, propuestas

desde el interior y también desde el exilio. Las líneas básicas de aquel proceso no son todavía bien conocidas, pero a la luz de diversos epistolarios y notas de protagonistas del momento, podemos reconstruir los hechos con alguna verosimilitud, a salvo de una mejor información que puedan aportar fuentes todavía no abiertas al investigador. Dicho de forma sintética, en la elección del presidente preautonómico gallego hubo tres opciones: recuperar una figura del exilio con tradición autonomista, elegir a un galleguista independiente del interior y, en tercer lugar, optar por un miembro del partido gubernamental.

La opción de una figura «a lo Tarradellas» era la preferida por algunos exiliados y galleguistas del interior. Pero no llegó a ser realmente viable, por las razones que ya se han aludido en torno al perfil del exilio y a su baja institucionalización. Los viejos miembros del *Consello de Galiza* habían desaparecido o se encontraban enfermos, como A. Alonso Ríos, el único fundador superviviente. Otros exiliados que gozasen de la condición de haber sido diputados en la II República, como Emilio González López, carecían de respaldo político en Galicia, salvo el que le pudieran proporcionar algunos de sus amigos, pero también posibles competidores, como Iglesias Corral o Ramón Piñeiro. Fundado en su experiencia electoral republicana, E. González López tanteó participar en las elecciones de junio de 1977, pero no acabó de encontrar el hueco por el que incorporarse, como le sucedió a la más plausible alternativa, la de Bibiano Osorio-Tafall, antiguo presidente del Comité Central de Autonomía y alto funcionario de Naciones Unidas durante toda su larga etapa de exiliado, en New York y México: «por momentos pensé en regresar a Galicia para figurar como diputado por mi antigua circunscripción», pero ni quería afiliarse con los centristas ni con los socialistas.<sup>44</sup> Quedaba la alternativa de retornar para encabezar la naciente autonomía. En varias cartas de Osorio-Tafall a V. Paz-Andrade, durante los años 1977 y 1978, afirma el político exiliado que el presiden-

te Adolfo Suárez había considerado la posibilidad de hablar con él, quizás como una solución análoga para Galicia a las conversaciones que el gobierno Suárez mantenía discretamente con Tarradellas ya antes de las elecciones de junio del 77. Que reparase en Osorio-Tafall fue obra de un comentario muy favorable que el Secretario General de la ONU, Kurt Waldheim, le hizo al presidente español en el curso de su visita a Naciones Unidas. En su peculiar estilo político, Suárez le contestó a Waldheim que «hombres como Osorio-Tafall son los que quiero conocer».<sup>45</sup> Esto sucedía antes de las elecciones de junio de 1977, porque a partir de este momento, a pesar de varios intentos conducidos por diplomáticos españoles y amigos personales (Piniés, Puig de la Bellacasa), nunca llegó a celebrarse tal entrevista con el presidente Suárez. Y a pesar de los intentos de Isaac Díaz-Pardo y algunos otros por convencer a Osorio-Tafall de su regreso a Galicia, este no se produjo hasta 1986, cuando se hallaba plenamente consolidado el régimen autonómico.

La elección de un galleguista independiente del interior fue sugerida por varias voces, en especial las procedentes del exilio. Para muchos de estos exiliados, como Luis Seoane, X. Núñez Búa, Rodolfo Prada o Manuel Meilán, la presidencia debería ser ocupada por Ramón Piñeiro, Domingo García-Sabell o Valentín Paz-Andrade, dado, además, que los dos últimos formaban parte como senadores de la Asamblea de Parlamentarios de Galicia. Las razones que esgrimían los exiliados eran claras: para que la autonomía adquiriese legitimidad histórica, debería dotarse de un presidente que, como sostenía Manuel Meilán desde Montevideo, destacase por su fidelidad a los ideales galleguistas durante los duros años de la dictadura franquista, por lo que le confiesa que «a min doeume moitisimo que o presidente da Xunta non fora vosté: ¿quen con mais limpos tiduos poderia facelo?». En la misma persona pensaba X. Núñez Búa, antes de haberse producido la elección, porque «coido que ti, polo que levas feito, debes ser quen dirixas o

comezo do difícil camiñar».<sup>46</sup> En Buenos Aires, Luis Seoane pensaba que debían ser Ramón Piñeiro o Domingo García Sabell y algo parecido pensaba Rodolfo Prada, quien se alegraba de las noticias que le llegaban de que la candidatura de Ramón Piñeiro iba por buen camino.<sup>47</sup> De todas formas, no había consenso en el exilio respecto de qué galleguista del interior debería ser promovido a la presidencia de la autonomía, ni tampoco en el interior, pues a las dos opciones más sólidas (Piñeiro y Paz-Andrade) se unían las maniobras que estaba llevando a cabo el otro senador de tradición republicana, M. Iglesias Corral, a quien, en palabras suyas, la «prensa y las gentes» dan por supuesto que estaría en la Xunta «y aún que la presidiría», para añadir cautamente que el curso que lleva la preautonomía «no me gusta».<sup>48</sup>

Ciertamente, la opción que mayores posibilidades tuvo como galleguista independiente fue la de Ramón Piñeiro, a juzgar por las gestiones directas e indirectas que diversos amigos del mismo hicieron ante el gobierno Suárez o en el seno del propio partido gobernante, la UCD. El éxito del retorno de Tarradellas y la inminencia de la concesión de la preautonomía al País Vasco, aceleró la presión autonomista en Galicia. A principios de diciembre de 1977 tuvo lugar una masiva manifestación a favor de la autonomía gallega que alguno de los líderes presentes, como el senador Paz-Andrade, calificó de «alborada cívica». Era necesario, pues, preparar el proceso autonómico gallego y para ello, nada mejor que actuar de forma sistemática sobre el debate político que se estaba produciendo en el seno del partido en el gobierno. La candidatura de Piñeiro también tenía algunos valedores desde el exilio, aunque su influencia sobre la política gallega fuese poco relevante, dado que la partida política se jugaba en Galicia y, también, en Madrid. La capacidad de interlocución con algunos dirigentes de la UCD por parte del grupo de Piñeiro era muy notable, sobre todo a través de tres personas: Pío Cabanillas, Antonio Rosón y J. M. Otero Novas. Con Cabanillas

mantenía Piñeiro una relación próxima a partir del Manifiesto de los 29, en marzo del 77: «hai uns días veume ver o Pío Cabanillas. Falamos durante tres horas».<sup>49</sup> Las relaciones con Antonio Rosón se remontaban a los tiempos de la guerra civil y de la primera postguerra, mientras que las mantenidas con Otero Novas se hacían por cauces indirectos. Este último, ministro de la presidencia con Suárez, había estado varios años en la ciudad de Lugo como abogado del Estado, lo que le permitió tender puentes con altos funcionarios públicos y con algunos empresarios de la ciudad. Esto puede explicar que un miembro del grupo Galaxia, Celestino Fernández de la Vega, que era también secretario del Gobierno Civil de Lugo, se dirigiera a Otero Novas recomendándole a Piñeiro, ante la «inminente y decisiva experiencia preautonómica gallega», como la «persona políticamente más capacitada y más aceptable por todos» para ocupar el nuevo organismo.<sup>50</sup> Al mismo destino se dirige en varias ocasiones el médico compostelano, Agustín Sixto Seco, para advertirle que desde el gobierno deben actuar con determinación porque «Galicia entera está en la calle clamando la autonomía que mañana [4 de diciembre] va a ser pedida a voz en grito». Un mes más tarde, acompañada de un texto-resumen de las intrigas políticas que se estaban tramando en torno al decreto de concesión de la preautonomía —lo que dependía de un acuerdo sobre la presidencia—, Sixto Seco remite otra carta a Otero Novas en la que le advierte de lo que «realmente está ocurriendo *detrás* de todo el asunto de la Preautonomía», porque «Piñeiro y yo estamos recibiendo *todas* las informaciones reservadas por diversos conductos».<sup>51</sup> Es evidente que este grupo comandado por Piñeiro participó en las negociaciones para la elección de presidente, pero parece poco probable que él pudiese acabar siendo el elegido porque, como señala un testimonio coetáneo, la «cúpula de UCD» rechazó la posibilidad de un «presidente galleguista, ao xeito de Tarradellas».<sup>52</sup>

La elección de un presidente surgido del

grupo de la UCD era la alternativa más evidente, pero tampoco fue tarea fácil. Hubo debate sobre candidatos y también sobre el perfil que debería tener el futuro gobierno del organismo —la Xunta de Galicia— que iba a ser creado por decreto del gobierno Suárez. El candidato más fuerte y con mayor consenso, incluso fuera de la UCD, era el entonces ministro de Cultura, Pío Cabanillas, al que durante unas semanas se consideró que aceptaría el cargo. Su táctica política en las reuniones celebradas en el seno de la Asamblea de Parlamentarios consistía en una propuesta «aperturista», mediante la incorporación al futuro gobierno de la Xunta de «tres personalidades galleguistas independientes». De acuerdo con el resultado de una entrevista de Piñeiro con Cabanillas, celebrada el 2/1/1978 en su pazo de Meis, esta entrada de independientes sería imprescindible para «darle credibilidad [a la Xunta] y hacerla viable».<sup>53</sup> Aunque esta opción era rechazada por otros miembros de la UCD, en especial el grupo del Partido Gallego Independiente (PGI) de Xosé Luis Meilán, parcialmente fue la adoptada tanto en la elección del presidente Rosón, que compartía entonces la táctica de Cabanillas, como en el perfil del gobierno de la Xunta, que acabó por integrar a un galleguista independiente, en la persona de Marino Dónega. Formalmente, este conselleiro fue propuesto por los tres senadores gallegos de designación regia (Cela, García-Sabell, Zelada), aunque también aspiraba al cargo el incombustible M. Iglesias Corral quien, en versión algo maledicente de I. Díaz-Pardo, «se echó a llorar al no verse integrado en la Xunta».<sup>54</sup>

Si retomamos de nuevo el hilo narrativo con el exilio, vemos que la elección de Rosón tuvo una gran repercusión entre los líderes galleguistas que mantenían viva la memoria republicana y autonomista. La difusión en la revista *Interviu* del pasado de la familia Rosón, así como las noticias que emigrados de origen lucense difundieron en América sobre aquel, contribuyeron a crear un estado de opinión muy negativo sobre esta inicial singladura de la autonomía gallega. En las

cartas cruzadas por aquellas fechas, la mención al pasado caciquil y franquista de Rosón fue constante. Como diría el galleguista residente en Guadalajara (México), F. Delgado Gurriarán, «eu, galeguista de toda a vida, quixera que non fosen certas as acusacións» de *Interviu*.<sup>55</sup> Era la mejor muestra del peso que el pasado reciente de la guerra y el franquismo seguía ejerciendo en la memoria del exilio y que, por esta vía, trataban de transmitir al escenario político de Galicia. Las críticas, además de las periodísticas, también aparecieron entre algunos galleguistas del interior, como Paz-Andrade o Díaz-Pardo, que no escondieron su desagrado ante el rumbo tomado por la autonomía gallega, posición que mantendrían incluso después de las primeras elecciones autonómicas. El mejor resumen de aquel estado de opinión se puede encontrar en una carta que Paz-Andrade dirige a su amigo Antón Crestar, residente en Montevideo, y que este hizo circular entre los galleguistas del Plata:

Infelizmente a Xunta de Galicia, pola súa composición, non despertou quentura algunha no pobo galego. Foi mais ben un xerro de auga fría derramado sobre o fervor do 4 de nadal (...) Resolto en Madrid, cun expoñente do franquismo mais recalcitrante e do caciquismo mais tradicional (...). Unha tristura, amigo Crestar, para nosa Terra.<sup>56</sup>

La esencia de estas críticas estaba, además del escrutinio ejercido sobre la biografía de Rosón, en la debilidad del galleguismo político y en que, como diría Osorio-Tafall desde su lejanía de Naciones Unidas, se debería rechazar «el modelo que el poder central quiere imponer».<sup>57</sup> Sin embargo, no todo eran críticas a la preautonomía gallega. La mayoría de los partidos políticos, incluidos algunos extraparlamentarios, aceptaron participar en la elaboración de un proyecto de Estatuto de Autonomía impulsado durante la presidencia de Rosón y que se convertiría en un referente ante los recortes que iba a sufrir más tarde en su trámite parlamentario. El grupo de Piñeiro consideró muy positiva la solución dada a la preautonomía, con Rosón en la pre-

sidencia y con Dónega de conselleiro, además de algún otro como Benxamin Casal, que entró por el cupo de la diputación de Lugo. La defensa que el propio Piñeiro hizo personalmente de la trayectoria biográfica de un Rosón que «tiña moi boa relación persoal comigo e cos galeguistas»<sup>58</sup> (Piñeiro, 2002, p. 213) le costó algunos sinsabores y desencuentros, especialmente entre sus amigos del exilio. Pero en el exilio tampoco fueron todas críticas al proceso preautonómico, aunque se distinguiese claramente entre lo que significaba Rosón y la esperanza que representaba el inicio de la preautonomía. Estas dos posturas las resumen cabalmente varias cartas de Luis Seoane, enviadas desde Buenos Aires a sus amigos galleguistas Piñeiro, García-Sabell y Marino Dónega, todas ellas escritas el 5 de abril de 1978. En la dirigida a este último se lamenta en términos parecidos a los de Paz-Andrade: «tiven noticias da designación de Rosón e perdín xa calquer clase de fe no porvir». Pero unas semanas más tarde, cuando conoce el nombramiento de Dónega como conselleiro, hace una reflexión que constituye una buena síntesis de las aspiraciones de los exiliados: que algún día se enlazase de nuevo con la memoria del 36 y que se hiciese justicia a todos los galleguistas que habían quedado por el camino:

Non temos que decirche da nosa emoción e contento porque tí, un galeguista, integres a Xunta de Galicia. É como un soño que recobrásemos do 1936. É como un soño que haxa ao fin un galeguista nunha Xunta en que tí soio, ao meu parecer, entre todos os que a compoñen, merece en xusticia formar parte dela. Non está, teño entendido, Domingo [García-Sabell], nin foi designado presidente, como algúns eiquí agardábamos, [Ramón] Piñeiro, nin coñezo aos designados polas outras diputacións. Ti, pois, representas lexítimamente a todos nos, os que durante coarenta anos, dentro ou fora da terra, con pasaporte español ou sin él, fixemos o que poidemos por Galicia, soñando con ela, padecendo con ela, traballando por ela e sendo sempre leales aos grandes homes da nosa historia e á nosa historia. Como eu, estarían hoxe moi ledos, os desaparecidos fai anos ahí e

fora desa, os Vilar Ponte, Plácido Castro, Castelao, Casal, os dous Picallo, etc., todos os irmáns esquecidos, soio lembrados por nos.<sup>59</sup>

### Coda

Las relaciones del galleguismo del exilio con el interior fueron difíciles desde los tiempos de la primera postguerra, a pesar del liderazgo de Castelao. Una vez muerto, su herencia tuvo muy diversas apropiaciones y valoraciones, pero los más constantes mantenedores de su memoria fueron, sin duda, los grupos galleguistas del exilio, en especial los residentes en las repúblicas del Plata. Por eso se consideraban, ante la perspectiva de la desaparición de la dictadura franquista, como sus *herdeiros* y en tal condición interpelaban a sus amigos del interior. Ser herederos de Castelao era poseer uno de los mejores legados que se podían entregar a la Galicia autónoma, incluidos los restos del líder, que no llegarían a Galicia hasta el año 1984, en una operación de legitimación de las estructuras políticas de la naciente autonomía. Que la mayoría del nacionalismo radical, frontalmente antiautonomista, se manifestase en contra de aquel retorno de los restos de Castelao no hizo sino confirmarlo. Pero antes de aquel controvertido suceso, hemos visto que la presencia del exilio en la dinámica política de los años de la transición fue no sólo constante, sino que se esforzó en dotar de una cierta credibilidad a la autonomía gallega.

Esta aportación no podía tener un respaldo institucional, dado el declinante itinerario del *Consello de Galiza*, y aunque lograron animar a sus corresponsales del interior a que refundasen el viejo Partido Galeguista, su presencia política en el panorama autonómico fue muy débil. La contribución del exilio tuvo que hacerse a título personal, a través de relaciones epistolares, de visitas temporales o retornando de forma definitiva a Galicia. La atención con la que seguían los acontecimientos políticos de España era muy precisa y su conexión, personal o epistolar, con los líderes galleguistas del interior se mantuvo

por encima de sus desacuerdos y conflictos. Algunos exiliados, a pesar de no retornar nunca a su tierra de origen, aplaudieron o criticaron algunas de las iniciativas tomadas en el interior de Galicia en los primeros años de la transición democrática, incluida la elección del presidente Rosón al frente de la preautonomía. Fue el caso de las personas más vinculadas al *Consello de Galiza* y a las organizaciones societarias de exiliados y emigrados de las repúblicas del Plata, que eran los que mantenían una imagen más idealizada de la política gallega, como una simple reanudación del proceso interrumpido en julio del 36. Otros exiliados, menos dependientes de la estrategia de los «emigrados» y más volcados en el trabajo cultural o universitario, fueron más realistas y trataron de contribuir al proceso autonómico con su apoyo e incluso entusiasmo. Muchos de ellos, además, comenzaron a retornar desde los años sesenta y setenta. Fue el caso de Rafael Dieste, R. Martínez López, E. González López o Luis Seoane. Todos ellos soñaron con un futuro cultural y político para Galicia que fuese congruente con las expectativas forjadas durante la II República y que con perseverancia alentaron durante los largos años de exilio.

Es evidente que los resultados no podían estar a la altura de aquellos sueños, porque carecían de los instrumentos necesarios para llevarlos a la práctica política. Fueron otros actores los que dirigieron el proceso de construcción de la autonomía, en especial los partidos de carácter estatal, que contaron con la colaboración y ayuda del galleguismo posibilista del interior. Pero la aportación de los exiliados fue muy importante, porque con su apoyo y con su retorno, legaron a la naciente autonomía algo que la mayoría de los protagonistas del interior apenas tenía: memoria republicana, repudio de la dictadura franquista, autonomismo dentro de una nueva organización territorial de la España democrática. Y conviene subrayar, como conclusión global de este artículo, que en el panorama galeuzcano de la transición democrática, el perfil de Galicia como una de las tres «nacionalidades

históricas» fue obra de un reducido grupo de dirigentes o intelectuales que actuaron a título personal, sin ninguna institución de la que echar mano ni tampoco ningún líder de filiación galleguista que permitiese soldar la fisura abierta con la guerra civil. El líder más carismático, que podría haber sido Castelao, para entonces no sólo llevaba muerto un cuarto de siglo sino que se había convertido en un mito de muy difícil manejo y las demás opciones no alcanzaron el necesario respaldo. Por eso Luis Seoane, realista y sentimental, encuentra que una preautonomía con algún galleguista en su gobierno era una forma de cumplir el sueño de reparar la memoria perdida de los inmolados por la guerra civil o muertos en el largo exilio. No era una gran conquista, pero más injusto sería el olvido de aquel sueño...

#### NOTAS

- <sup>1</sup> NÚÑEZ SEIXAS, X. M., «Castelao y el galleguismo, ¿líder o símbolo?», in Ludger Mees y Xosé Manuel Núñez Seixas (eds.), *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder. Perspectivas comparadas*, Madrid, Editorial Tecnos, 2012, pp. 207-229.
- <sup>2</sup> Una aproximación de conjunto a su obra, in BERAMENDI, X/VILLARES, R., *Congreso Castelao*, Universidade de Santiago de Compostela/Fundación Castelao, 2 vols., 1989; un repertorio de su obra publicada y bibliografía sobre el autor, in MONTEAGUDO, Henrique, ed., *Para ler a Castelao. Cronoloxía, entrevistas e bibliografía*, Vigo, Editorial Galaxia, 2000.
- <sup>3</sup> QUINTANA GARRIDO, Xosé Ramón; *Un longo e tortuoso camiño. Adaptación, crise e cambio no BNG, 1971-2009*, Vigo, Editorial Galaxia, 2010, pp. 23 y ss.
- <sup>4</sup> GARAIKOETXEA, Carlos, *Euskadi, la transición inacabada. Memorias políticas*, Barcelona, Planeta, 2002, pp. 80 y ss.
- <sup>5</sup> VILLARES, Ramón; «Actuar desde a cultura. Galeguismo «histórico» e transición democrática», *Grial*, 200, 2013, pp. 19-21.
- <sup>6</sup> QUINTANA GARRIDO, X. R.; *Un longo e tortuoso camiño...*, op.cit., *passim*.
- <sup>7</sup> QUINTANA, Xosé Ramón/DOMINGUEZ, Luis, 'Á busca do autogoberno perdido: nacionalismo posibilista, comunistas e galeguistas históricos na xénese do Estatuto de Autonomía para Galicia', *Grial*, 166, 2005, p. 34
- <sup>8</sup> CAMPOS, Genaro, 'El poder político y la constitución', *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 61, 1979 [recogido in X. Díez, *La transición en Cuadernos de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Editorial Planeta, 2011], p. 443.
- <sup>9</sup> ANDRADE BLANCO, J.A.; *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2012, p. 55 y ss.
- <sup>10</sup> La consideración de la violencia como un «angle mort» en la literatura sobre la Transición, también apodada «transitología», in BABY, Sophie, *Le mythe de la transition pacifique. Violence politique en Espagne (1975-1982)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, pp. 1-13.
- <sup>11</sup> PABLO, Santiago de/MEES, Ludger/RODRÍGUEZ RANZ, José Antonio, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*, Barcelona, Editorial Critica, 2001, pp. 143 y ss.
- <sup>12</sup> Instituto Galego de Información (IGI), Fondo Consello de Galiza, carta a Valentín Fernández, 18/5/1973.
- <sup>13</sup> MEES, Ludger; «El nacionalismo vasco democrático durante la Transición (1974-1981)», in R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, p. 325 y ss; BARRIO LÓPEZ, A.; 'Organización y papel político del nacionalismo moderado catalán durante la Transición' in R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 307-313.
- <sup>14</sup> ABLO, Santiago de/MEES, Ludger/RODRÍGUEZ RANZ, José Antonio, *El péndulo patriótico...*, op. cit., p. 377.
- <sup>15</sup> MEILÁN GIL, José Luis; *La construcción del Estado de las Autonomías. Un testimonio personal*, A Coruña, Fundación Caixa Galicia, 2003, p.37.
- <sup>16</sup> NÚÑEZ SEIXAS, X.M., «Itinerarios do desterro: sobre a especificidade do exilio galego de 1936», in X.M.Núñez Seixas/P. Cagiao Vila, eds., *O exilio galego de 1936: política, sociedade, itinerarios*, Sada/Santiago de Compostela, Edición do Castro/Consello da Cultura Galega, 2006, pp. 11-51.
- <sup>17</sup> Fondo Irujo (<http://www.euskomedia.org/irujoo>), Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, 14067.pdf, fol.65.
- <sup>18</sup> CAGIAO, Uxia, *O exilio galego. A delegación do Consello de Galiza en París*, TAD, Dpto. de Historia Contemporánea da USC, *pro ms.*, 2013, anexo 18.
- <sup>19</sup> IGI, Fondo Consello de Galiza, carta a Valentín Fernández, del 21/10/1973.
- <sup>20</sup> CASTRO, Xavier, ed., *Castelao e os galeguistas do interior. Cartas e documentos 1943-1954*, Vigo, Editorial Galaxia, 2000, *passim*; BERAMENDI, Xusto, 'O exilio e os galeguistas do interior: acordos e disidencias (1940-1970)', in Ramón Villares, ed., *Emigrante dun país soñado. Luis Seoane entre Galicia e Arxentina*, Santiago, Consello da Cultura Galega, 2011, pp. 360 y ss.
- <sup>21</sup> AMAT, Jordi; *Els «Coloquios Cataluña-Castilla» (1964-1971). Debat sobre el model territorial de l'Espanya democrática*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2010, *passim*; VILLARES, Ramón; «Actuar desde a cultura...», op. cit., pp. 19-21.
- <sup>22</sup> QUINTANA GARRIDO, X. R.; *Un longo e tortuoso camiño...*, op. cit., pp. 29 y ss.
- <sup>23</sup> GRANJA, José Luis de la/BERAMENDI, Justo/ ANGUERA, Pere, *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Editorial Síntesis, 2001, pp. 376-377.

- <sup>24</sup> Fundación Penzol, Fondo Piñeiro, 13 cartas de Prada a Ramón Piñeiro, entre 1976 y 1980; GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Cartas a Emilio González López*, Selección e introdución de X. Arias-Andreu, Oleiros, Trifolium, 2006, pp. 127-147.
- <sup>25</sup> FP, Epistolario Piñeiro, carta de Prada del 12/2/1976 en la que copia parcialmente la dirigida a Del Riego el 11/11/1975 y la contestación de este último.
- <sup>26</sup> FP, Epistolario Piñeiro, carta de Prada del 24/1/1976; GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Cartas a Emilio González López...*, op. cit., p. 130.
- <sup>27</sup> GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Cartas a Emilio González López...*, op. cit., p. 105.
- <sup>28</sup> GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Cartas a Emilio González López...*, op. cit., p. 112.
- <sup>29</sup> Citas tomadas de una de las pocas cartas escritas por Piñeiro que este conservó, in FP, Epistolario Piñeiro, «Cartas enviadas», Prada, 6/5/1976.
- <sup>30</sup> PIÑEIRO, Ramón, *Da miña acordanza. Memorias*, Vigo, Editorial Galaxia/Fundación Caixa Galicia, 2002, p. 211.
- <sup>31</sup> FP, Fondo Piñeiro, carta a Prada del 6/5/1976.
- <sup>32</sup> GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Cartas a Emilio González López...*, op. cit., p. 139.
- <sup>33</sup> GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Cartas a Emilio González López...*, op. cit., p. 140.
- <sup>34</sup> FP, Fondo Piñeiro, carta de Prada del 18/3/1977.
- <sup>35</sup> Consello da Cultura Galega, Archivo Digital, Fondo Valentín Paz-Andrade, carta a Crestar, 23/7/1977.
- <sup>36</sup> PIÑEIRO, Ramón, *Da miña acordanza...*, op. cit., p. 202.
- <sup>37</sup> Carta de Cabanillas a Sebastián Martínez-Risco, Valentín Paz-Andrade y Ramón Piñeiro, in CCG, AD, Fondo Valentín Paz-Andrade, carta del 7/03/1977.
- <sup>38</sup> NEIRA VILAS, Xosé; Isaac Díaz Pardo. *Crónica dunha fecunda amizade*, Santiago de Compostela, Bolanda, 2014, p. 341.
- <sup>39</sup> CCG, AD, F. Paz-Andrade, carta del 7/9/1977.
- <sup>40</sup> Un relato periodístico del momento, in GACIÑO, X.A./ RIVAS, Manuel, *Informe dunha frustración. As claves do proceso estatutario galego*, A Coruña, Edicións do Rueiro, 1980; un análisis más documentado, y a posteriori, por uno de los protagonistas del proceso, in MEILÁN GIL, José Luis; *La construcción del Estado de las Autonomías...*, op. cit., pp. 103-217.
- <sup>41</sup> PÉREZ-BARREIRO, Fernando, *Amada liberdade. Memorias*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 2013, p. 152.
- <sup>42</sup> CCG, Archivo Digital, F. Paz-Andrade, carta a Osorio-Tafall, 13/12/1977; también recogida in PAZ ANDRADE, Valentín, *Epistolario* [selección], edición de Ch. Portela e I. Díaz-Pardo, Sada, Edicións do Castro, 1997, p. 121.
- <sup>43</sup> BERAMENDI, Xusto, 'A Galicia autónoma (dende a transición)', in X.R. Barreiro/R. Villares, *A grande historia de historia de Galicia*, A Coruña, Arrecife/La Voz de Galicia, vol. XIV, 1, 2007, p. 140.
- <sup>44</sup> CCG, AD, F. Paz-Andrade, carta del 15/6/1977.
- <sup>45</sup> CCG, AD, F. Paz Andrade, carta del 15/7/1977.
- <sup>46</sup> CCG, AD, F. Paz-Andrade, cartas de M. Meilán 19/12/1978 y de X. Núñez Búa, del 15/12/1977.
- <sup>47</sup> FP, Epistolario Piñeiro, carta del 9/11/1977.
- <sup>48</sup> GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Cartas a Emilio González López...*, op. cit., pp. 80-81.
- <sup>49</sup> CCG, AD, F. Paz-Andrade, carta de Prada, en la que le cuenta a Paz-Andrade la confianza de Piñeiro, del 26/3/1977.
- <sup>50</sup> FP, Epistolario Piñeiro, «Cartas dirixidas a outros», Fernández de la Vega a Otero Novas del 31/10/1977; en la copia figura esta anotación manuscrita: *hoxe mesmo escribín esta carta. ¿Está ben?, ¿Qué che parece?. Unha fonda aperta, Celes-tino.*
- <sup>51</sup> FP, Epistolario Piñeiro, «Cartas dirixidas a outros», Sixto Seco a Otero Novas, 3/12/1977 y 4/1/1978.
- <sup>52</sup> DÍAZ Y DÍAZ, Ceferino, *A esforzada conquista da autonomía, 1979-1981*, Vigo, Editorial Galaxia, 2007, p. 61.
- <sup>53</sup> FP, Epistolario Piñeiro, «Cartas dirixidas a outros», nota mecanoscrita anexa a carta de Sixto Seco a Otero Novas del 4/1/1978.
- <sup>54</sup> CCG, AD, Fondo Luis Seoane, Díaz-Pardo a Luis Seoane, 28/4/1978.
- <sup>55</sup> FP, Epistolario Piñeiro, carta de 10/6/1978.
- <sup>56</sup> CCG, AD, Paz-Andrade, carta de abril de 1978.
- <sup>57</sup> CCG, AD Paz-Andrade, carta del 3/3/1978.
- <sup>58</sup> PIÑEIRO, Ramón, *Da miña acordanza...*, op. cit., p. 213.
- <sup>59</sup> CCG, AD, F. Luis Seoane, disponible en red ([www.epistolarios.consellodacultura.org/seoane](http://www.epistolarios.consellodacultura.org/seoane))



El mismo día de la proclamación de Rosón como presidente de la Xunta de Galicia, tuvo lugar una importante manifestación en la Plaza del Obradoiro por su implicación en el franquismo, 11 de abril de 1978 (Fotografía de Anna Turbau)